

Señor Don

PATRICIO AYLWIN AZOCAR.

Presente.

Muy estimado Patricio:

a mi vuelta de vacaciones y antes de haber partido a Estados Unidos tenía la intención de hablar con Ud. acerca del Partido y su destino. Desgraciadamente, un trágico acontecimiento familiar me impidió hacerlo. Sin embargo, para no dejar pasar mas tiempo, quiero dejarle por escrito algunas de mis reflexiones veraniegas.

Nuestra última entrevista fue en la ocasión en que Ud., tan generosamente, me diera su apoyo a mi candidatura a Presidente Nacional y me comunicara el apoyo oficial de Andrés Zaldívar. Ambos hechos, personal y políticamente, muy importantes para mí. En aquella oportunidad concordamos en que el movimiento necesitaba de un gran proceso de renovación espiritual, técnica, ideológica y de estilo en la conducción política, lo cual hacía deseable que hombres nuevos asumieran la dirección. Coincidimos, también, de que postular a esa responsabilidad era algo que iba mucho mas lejos que la legítima conquista del poder o del honor político; ello implicaba un sacrificio muy grande, un gran espíritu de servicio y la decisión conciente y responsable de asumir los riesgos inherentes a la situación. Con ese espíritu y en esas condiciones le señalé estaba dispuesto a seguir sirviendo nuestra causa como lo he hecho hasta ahora, sin claudicaciones ni silencios.

Sin embargo, los hechos se fueron dando de otra forma. La falta de mecanismos de decisión claros y democráticos fue empantanando el proceso hasta el límite en que mas que dilucidar que deseaba la mayoría se terminó en el veto -la mas estéril de las armas políticas- como forma de sanjar las diferencias. A pesar de ello, jugué dentro de esas extrañas reglas del juego hasta el final y a Ud. le consta lo hice con la mejor de las buenas voluntades y la mayor lealtad, hasta llegar practicamente a una solución que resolvía definitivamente el problema. Ello por cierto, no excluyó el deber de plantear con franqueza y claridad mis puntos de vista y señalar mis diferencias, cuando las hubo. Como era de esperar, en definitiva, el veto a mi nombre se produjo mediante el expediente de cuestionar la resolución de la Mesa Directiva de someter a una decisión democrática los nombres de los dos candidatos a Presidente. Ello creó un embotellamiento sin otra solución que no fuera el retiro de uno o ambos postulantes.

Es por esta razón, que en aras de facilitar la unidad partidaria y permitir una mayor serenidad en la reflexión, procedí a retirar mi

nombre del proceso de designación de la nueva directiva, al día siguiente de los funerales de don Eduardo Frei. Creí que ese era el paso más conducente para mejor resolver en un futuro próximo y dejar clara constancia de que no se estaba en una pugna de poder o de algunos liderazgos personales.

A partir de ese momento aparecen aspectos nuevos que deben enmarcarse dentro del mismo espíritu que animó el largo proceso de formulación de un consenso. Ello implica encontrar la persona que sea capaz de dirigir el Partido y que al mismo tiempo concite un consenso tal que, contra él no valgan ni las maniobras, ni las tergiversaciones, ni las descalificaciones personales. Al mismo tiempo, una persona sobre la cual el país no tenga dudas acerca de su posición ideológica y política y, por lo tanto, trasluzca con claridad el cauce de acción futura del Partido.

Los tiempos que vienen serán de una dureza extrema. Por lo tanto, la claridad es un elemento esencial para impedir el desmantelamiento del centro político y una fatal nueva polarización del país entre dos extremismos. Serán tiempos para hombres de convicciones profundas, testimonio probado y firmeza en la conducción. La indefinición, la ambigüedad, el acomodo y la debilidad son, siempre, los pecados capitales de una época en crisis. Son estas virtudes las que la persona elegida debe traducir, públicamente, a pesar de las dificultades de comunicación que nos limitan en el presente.

Por esta razón, he llegado a la conclusión de que es Usted quién mejor reúne todas esas condiciones.

Fue Ud. quién condujo la oposición en contra del régimen de la Unidad Popular y sus excesos anti-democráticos. Y lo hizo en forma elevada, responsable y generosa. Hasta el último momento estuvo dispuesto a mantener abierta la posibilidad de un arreglo político con Salvador Allende, sin que este jamás abriera una salida medianamente posible. Tampoco fueron capaces de presentar alternativas políticas viables -que no fuera la capitulación o la mera declaración de intenciones- quienes, después, le hicieron tantas imputaciones injustas desde fuera y dentro del Partido. La historia demostrará como Ud. no fue un opositor ciego ni obsecado, sin dejar de ser nunca un decidido defensor del derecho, la justicia y la democracia.

Le correspondió a Ud. dirigir los primeros pasos del Partido en un terreno desconocido y extraño para todos los chilenos: la dictadura. Y, también, lo hizo con serenidad y firmeza. Sin la retórica de los "resistentes" de sobre mesa y con el coraje de los que son capaces de decir la verdad con prudencia y claridad. En medio de la desorientación estratégica y táctica en que todos, sin excepción, caímos sólo tuvimos la certeza de que a la cabeza del Partido había un hombre profunda-

mente fiel a los principios del humanismo, la democracia y el social-cristianismo. El tiempo demostró que esas certezas fundamentales -si bien no servían para delinear una estrategia precisa-eran un fundamento suficiente para la sobrevivencia del movimiento. Gracias a ello, poco a poco, se fue abriendo paso la verdad y se fueron diluyendo todas las infamias y denuestos que, dentro y fuera de Chile, se lanzaron contra la Democracia Cristiana y los hombres que la dirigían. Al poco tiempo, nadie de buena fe podía dudar de nuestra fidelidad, sin resquicios ni debilidades, a los valores que justifican nuestra existencia política.

Posteriormente, Ud. dio paso a Andrés Zaldívar a la Presidencia del Partido y abrió, con ello, una nueva etapa en la construcción del movimiento durante la emergencia, que lo vigorizó y lo volvió a su sitio principal en la política chilena. Dedicó Ud., entonces, sus esfuerzos a la creación, consolidación y funcionamiento del que sea, tal vez, el mayor logro democrático de la disidencia en estos años: la Comisión de los 24. Ahí se demostró que el pluralismo es capaz de generar un consenso suficiente como para garantizarle a los chilenos un futuro estable y en paz.

Por estas razones, y muchas más, el Partido y el país lo aprecian y lo respetan. Nadie tiene como perderse acerca de quién es, como piensa y de que forma actúa Patricio Aylwin. No sólo no es Ud. un recién llegado a la política chilena, si no que ha estado en la primera línea de batalla durante la década más trágica y traumática de la historia de Chile. Conoce el país y ha vivido en carne propia el dolor de nuestro pueblo, todo lo cual lo acredita como un importante capital moral de la democracia chilena.

Sé, por que así Ud. me lo manifestó, que sólo pedía un legítimo descanso y el tiempo necesario para dedicarse a sus propios trabajos y reflexiones. En aquella ocasión le manifesté no sólo mi comprensión si no que la legitimidad que revestía su aspiración. Yo aceptaba el bastón de relevo de una nueva generación y estaba dispuesto a asumir mi cuota de responsabilidad y sacrificio. Sin embargo, las cosas no se dieron de ese modo y, por lo tanto, me siento en libertad de devolverle el bastón de candidato y pedirle uno de los muchos sacrificios adicionales que Ud. ha venido entregando al país y a la democracia de los chilenos.

Por cierto, no creerá Ud. que tengo la pretensión de andar haciendo proposiciones de candidatura a nombre propio ni a título de candidato renunciado. Pero cuando se asume una responsabilidad pública, inevitablemente, uno se va convirtiendo en el intérprete de muchas personas y, a veces, de grandes sectores. Es por eso en nombre de lo que mi candidatura representó que me permito hacerle este planteamiento. Hay allí una importante cantidad de personas jóvenes

CLAUDIO ORREGO VICUÑA

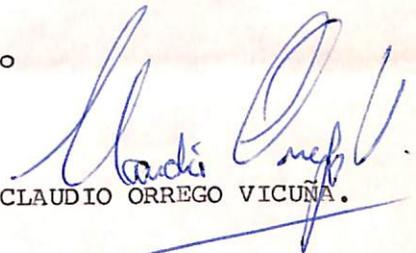
y altamente capacitadas que permiten emprender la tarea de un real proceso de renovación y modernización partidaria. Todas estas personas se sentirían interpretadas por Ud.. Y lo que es mas importante, muchos que tuvieron razones -legítimas y no legítimas- para no creer que yo fuera el hombre mas adecuado para el momento, no podrían invocar ninguna de ellas en contra suyo.

No hay nada mas odioso que insistirle a una persona que asuma mas sacrificios que los ya asumidos cuantiosamente durante largos y dramáticos años. Sin embargo, en política cuando las condiciones cambian también cambian las exigencias acerca de los actores que deben ocupar el escenario.

En esta hora de crisis monumental que vive el pais, Ud. comprenderá las razones que me impulsan a plantearle que asuma una candidatura de consenso a la Presidencia Nacional del Partido. También, confío en su indulgencia para tolerarme este paso, que sé no le agrada para nada. Todo sea por el servicio de Chile y de su sufrido pueblo.

A mi vuelta de Estados Unidos, en unos diez dias mas, lo llamaré de inmediato.

Un abrazo cordial de su amigo



CLAUDIO ORREGO VICUÑA.

P.D. Como esta es una materia de interés para muchas personas, me permitiré hacerle llegar algunas copias a quienes estuvieron mas cerca mío durante mi período de candidato.